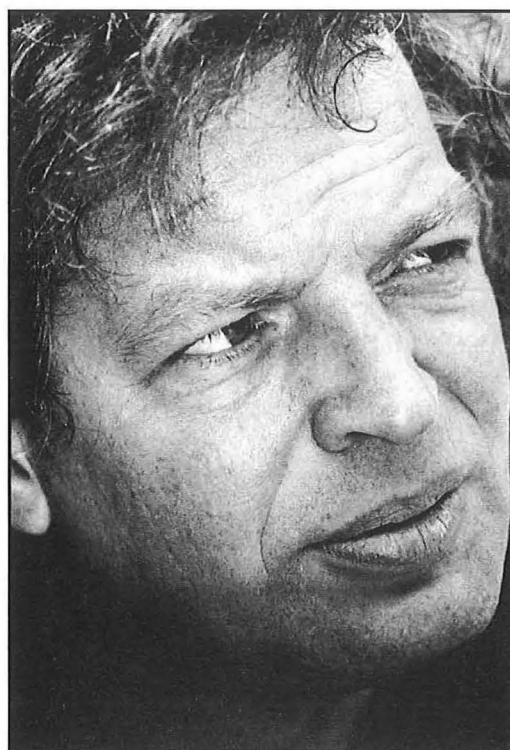




JOACHIM KÜHN

Ebbe Traberg



Javier Nombela

Los hombres que llegan lejos suelen esperar el día que cumplen los cincuenta años, incrédulos, con cierta inquietud y sin ninguna curiosidad. Tienen maneras muy particulares y a veces patéticas de afrontar tan solemne transición. Para algunos resulta tan dramática que caen en la más profunda depresión y, si no optan por suicidarse, deciden esconderse, presos de una absurda sensación de vergüenza y culpabilidad. Otros, en cambio, procuran rodearse de familiares y amigos a fin de autohomenajearse. También los hay que se van de viaje para alejarse de su propia sombra, o simplemente cogen su bicicleta y pasan el día como otro cualquiera, escalando puertos de montaña en un intento tan pueril como romántico de emular a los ídolos de la infancia (los Gaul, Bahamontes, Fuente, Ocaña, Merckx...). Estos últimos son, tal vez, los menos solitarios.

Aún más excéntrico se mostró Joachim Kühn en su paso de la juventud a la madurez, el 15 de marzo último. Este extraordinario músico, célebre por sus constantes iniciativas de gran envergadura, quiso reunir en su casa ibicenca a media docena de *old flames*, amigas de diferentes etapas de su vida y que, por obvias razones, no se conocían entre ellas. Ninguna aceptó la invitación, y él se vio obligado a pasar su cumpleaños de otra manera. A París se fue a tocar el piano, que es lo suyo. Durante horas se encerró en un estudio de grabación dedicándose a crear música como siempre suele hacer. Por el extracto que he podido escuchar de aquella maratónica sesión, se trata de algo importante, marcado por su lucidez de improvisador nato y a la altura de sus discos más logrados -*Solos* (Futura), *Situations* (Atlantic), *Transformation* y *Dynamics* (CMP)-, fascinantes muestras de su arte que enlaza el lirismo y la agresividad.

La anécdota es típica de un hombre que lleva la vida al estilo de los nómadas, entregándose a placer, algunos dirían exageradamente, a su música. Sigue siendo una impresionante fuente de energía, vitalidad e inspiración. Cuando le vi hace poco, venía del festival de Salzburgo, donde su trío había coincidido con los de Joe Lovano y Jerry Bergonzi ("una noche memorable gracias a los bateristas Daniel Humair, Joey Baron y Adam Nussbaum") y se preparaba para viajar a un recital en Dubai, no sin antes hacer un alto en Ibiza, donde pasa las noches tocando el saxo alto ("un segundo y necesario instrumento que hace contra-

peso al piano"). Más tarde seguirían una larga serie de conciertos por Alemania y algunas apariciones por diversos festivales europeos. Hombre de futuro por excelencia, anda de un proyecto a otro. Este otoño le veremos encabezando su propio 94 Special Quartet (con Lovano, Nussbaum y Jenny-Clark), se volverá a reunir con Michel Portal y Dave Liebman, y quién sabe si podrá realizar, por fin, su viejo sueño de tocar con Elvin Jones y Omette Coleman.

El camino que J. K. ha recorrido desde que se pudo escapar de su Leipzig natal, gracias a un concurso de pianistas organizado por Friedrich Gulda en Austria, es tan largo que lo tendremos que resumir en otra ocasión. Su formación clásica no le impidió tomar contacto con el medio jazzístico en Alemania Occidental y Francia, y su hermano mayor, el excelente clarinetista Rolf Kühn, le llevó al festival de Newport en 1967. La Nueva York que descubrió entonces se encontraba bajo la fuerte influencia de la revolución coltraniana y no tenía, desde luego, nada que ver con "el decepcionante mundillo de inspidos imitadores sin personalidad alguna" que hoy encuentra en los clubes "cada vez más comerciales" de Manhattan. Para él, la creación es otra cosa. Consiste en explorar

todas las posibilidades de su piano, preferentemente el Bechstein, "aunque ahora los hacen con un toque tan ligero" que se inclina por el viejo Steinway o el nuevo Yamaha S-400 B.

J. K. se muestra tan crítico con muchos músicos de la actualidad como fiel sigue a sus maestros. Habla con pasión de Coltrane, Miles y Omette, con devoción de Cecil Taylor y Martial Solal, con admiración de Paul Bley y Palle Mikkelborg. Su universo es vasto, pero claramente definido, y dentro de él se mueve con absoluta libertad. Aparentemente no conoce el cansancio de los humanos, pero hace unos años confesó en una entrevista para *Down Beat*: "Me gustaría poner el freno y hacer un alto creativo en el camino. Estos últimos tiempos han sido un sinfín de giras, conciertos, grabaciones. Es como si nunca tuviera un momento para ensayar. Es mi sueño instalarme con mi piano en una isla...".

Y la encontró. Allí en Ibiza, "donde es imposible aburrirse", ha pasado semanas y hasta meses felices reposando, meditando y manteniéndose en ininterrumpida actividad. Y así, claro está, cualquiera llega sin traumas a la tan respetable edad de los cincuenta. ■